



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11058

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 9 DE SEPTIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡QUÉ CONTRASTE!

Cuanto se fijan en el espectáculo que ofrecen los pueblos donde desembarca lo que ha quedado del ejército español, después de la guerra, y vuelven luego los ojos al resto del país, experimentan una sensación de profundo disgusto y se abisman en reflexiones tristísimas, de las cuales no sale bien para la cierta clase de sentimientos que debiéramos tener a gala demostrar.

Conducidos en buques-hospitales, que son más bien enormes ataúdes, vienen de Cuba a la península, aquellos soldaditos españoles que despedimos en los muelles cuando partieron a la guerra y a los cuales alentábamos para que defendieran la integridad del territorio y dieran la vida por la patria.

Vienen tristes, con la salud perdida, el cuerpo demacrado y el alma atormentada. Cada uno de aquellos huecos lo ocupaba un soldado, su compañero, quizá un émulo del héroe de Cabarró, seguramente un mártir...

La muerte bate sus alas invisibles sobre aquel montón de miseria fisiológica y el mar se va tragando lo que nos ha devuelto la manigua.

¡Pobres soldados! ¡Qué diferencia entre su conducta y la nuestra! Ellos se tragaban sus lágrimas cuando dejaron el terruño donde quedaban sus madres, sus hermanas y sus amores; y cuando, abordo de los trasatlánticos, recordaban sus hogares entristecidos y sus madres doloridas, nadie pudo notar en sus semblantes el dolor de sus almas. Nosotros, que vergüenza! los vemos llegar indiferentes. Su vista no arranca de nuestros ojos ni una lágrima, no porque nos los traguemos para

animarlos, sino porque tenemos el alma inmovible a la desgracia ajena y el corazón seco.

Llegan en tan mala ocasión esos soldados.... Si estuviéramos en Diciembre, nos haríamos eco de sus lastimas en el rincón del café donde pagamos la velada; pero estamos en el estío, en la época de las corridas de toros, y ¡quién se ocupa de los soldados de la patria, estando en funciones el «Guerrita» y alborotado el país ante el anuncio de que «Lagaritjo» va a requerir de nuevo los trastos de mar!

¡Pobres soldados! Los excitamos a la pelea; les hablamos de deberes; les hicimos entender la gloria alcanzada al precio de su sangre; les predicamos el sacrificio de la vida, les dijimos que les acompañábamos en espíritu.... y cuando, después de derrochar sangre y salud, vuelven heridos, inútiles y enfermos, nadie los acompaña, porque aquella nación que los despachó delirante de entusiasmo cuando marchaban a Cuba, se encuentra dedicada a la importante ocupación de divertirse.

En la admirable institución de la Cruz Roja, que los acoge caritativa al llegar al anhelado puerto, creéranse los repatriados extranjeros en su propia tierra. Sin el elemento oficial que los recibe por deber y la Cruz Roja que los socorre y los consuela por amor, las playas españolas permanecerían silenciosas y desiertas.

¡Patria! ¡Patria! No estás con los que se divierten en los toros ni con los que derrochan el dinero en extranjeras playas, agenos a ese espectáculo terrible de un ejército deshecho por la muerte; no estás con los que se enteran impasibles de que el «Salrustegui», por ejemplo, ha echado al mar en trece días setenta y seis soldados. Pero estás con aquellas admirables señoras que circulan por los muelles de Vigo y la Coruña, con la

sombrilla abierta, tapando a los soldados para que el sol no les moleste. Tú eres la pléyade de niñas que en los puntos de desembarque asaltan sin temor al transeunte pidiéndole dinero para dar alimento a los soldados.

Esas señoras y esas niñas que atienden con cariño a los soldados son la patria española. Los demás.... podrán serlo también... pero ¿es verdad que no merecen serlo?

TIJERETAZOS

Dice El Heraldo:

El periódico El Africa, de Ceuta, publica un artículo encaminado a demostrar la conveniencia de que España, ahora que perderá mucho, en punto a sus relaciones comerciales con América, piense en aumentar sus relaciones con Marruecos.

¿Quién piensa en eso?

Si no nos conviniera, lo pensaríamos y aun entablaríamos esas relaciones. Pero conviniéndonos... ni siquiera pensarlo. Ante todo la tradición de hacer las cosas al revés.

El ayuntamiento de Casarubios del Monte, que cumple con religiosa puntualidad la costumbre ya añeja de no pagar al maestro de escuela, está organizando una capea de reses bravas con objeto de dar animación a la feria y trabajo al hospital.

El programa no dice el número de heridos que resultarán de la capea; pero se sabe que será grande.

¡Ah! Casarubios del Monte es pueblo de España y pertenece a la provincia de Toledo.

Los periódicos de Madrid se lamentan porque el Congreso ha celebrado dos sesiones y lleva perdidas cuarenta y ocho horas.

Mañana llevará perdidas setenta y dos.

Y así sucesivamente, hasta que el señor Sagasta eche el cerrojo y tome cada diputado las de villadiego.

Dice El Liberal:

«Puede darse por terminado el supuesto alzamiento revolucionario que se inició ayer»

Bueno; pues no hablemos más del asunto.

Sin embargo, no quiero quedarme hecho un bableco y voy a hacer esta pregunta:

La iniciación de ese supuesto alzamiento ¿es real ó imaginaria?

Supuesto é iniciado.... Nada, que me hago un lío queriendo poner de acuerdo esas dos palabras.

Como si Ciudad Real fuese por sus costumbres un pueblo aparte, dice el periódico La Tribuna, de dicha población:

«Próxima ya la fecha en que has de tener lugar las elecciones provinciales en los distritos de Valdepéñas-Infantas y Alcázar-Manzanara, los candidatos empiezan a recorrer sus distritos, para reclutar votos y conocer la fuerza de que disponen.»

¡Recorrer sus distritos!

¡¡Reclutar votos!!

¡¡¡Conocer la fuerza de que disponen!!!

¿Para qué? ¿No sabe La Tribuna que basta y sobra un golpe de puñero para tener la elección asegurada?

GLORIAS NACIONALES

Heroicidad de Roger de Flor
9 de Septiembre de 1302.

Corría el año 1302, y en la histórica isla de Sicilia se batían con encarnizado arrojo franceses y españoles, dando motivo la bazarra de ambos a hechos cuyo recuerdo será impercadero para gloria de sus respectivas banderas.

En una población de Sicilia, sitiada por los franceses, hallábase encerrados y en grave aprieto unos 800 soldados catalanes al mando de D. Blasco de Alagon. Los franceses apretaban de día en día el cerco, y los catalanes, por esta razón, y por ser mucho mas inferiores en número y pertrechos, veían a pasos agigantados empeorar su situación y aproximarse la hora del asalto, y más desde que el enemigo estableció dos ba-

terias en sitio desde el que impunemente lanzaba bombas a la plaza, que destruían edificios y hacían bastantes bajas a los defensores.

Comprendiendo D. Blasco que tal estado de cosas no podía prolongarse por mucho tiempo y que a la postre tendrían que rendirse ó hacerse matar en el asalto, reunió a todos los oficiales que tenía a sus órdenes y les expuso la necesidad de tomar una resolución que pusiera término al sitio. Antes de que ningún oficial pudiera usar de la palabra, el teniente Roger de Flor se adelantó hacia el jefe y le dijo:

—Puesto que esas dos baterías de los cerros son las que más daño nos hacen, si conseguimos destruir las alcanzaremos un gran triunfo. Pues yo, en unión de diez soldados que escogeré, me comprometo a destruirlas.

La energía y decisión con que el bravo Roger hizo su ofrecimiento, llenó de confianza a cuantos le escucharon, y seguidamente dió a conocer su plan, que obtuvo la aprobación de todos.

Esegió diez valerosos y después de decir a D. Blasco que tal tiempo oyerá en el campo enemigo una detonación seguida de un incendio serían sobre los franceses con todas sus tropas, abandonó la plaza con los diez soldados.

Próximamente a las siete horas de haber salido Roger de la ciudad, se escuchó en esta una detonación y se vio arder el parque de los franceses. Como Roger había dispuesto, aprovechando la confusión del enemigo, los catalanes cayeron sobre sus sitiados, destruyéndoles muchos de sus pertrechos, y rompiendo el cerco que por tanto tiempo les había aprisionado.

Los cañones fueron clavados y las baterías destruidas; pero de los once hombres que salieron de la plaza a emprender aquella empresa, solo volvieron dos: Roger de Flor y Ferrich Carles.

MARCELO RODRIGUEZ
(Prohibida la reproducción.)

EL PRESUPUESTO DE LA PAZ

Afirma la prensa la necesidad de reducir gastos y preparar la regeneración nacional. Siempre al daño

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 174

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 175

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 174

—A la huerta del Renegado, A espaldas del Buen Retiro.

Una de las criadas entró por la portezuela, y dió orden de ponerse en marcha a los dos lacayos que conducían la silla de manos.

—¿Adónde diablos irá a estas horas nuestra buena Ana María, sola y en silla de manos? dijo un hombre que había aparecido poco antes en aquella puerta del alcázar, que se llamaba de las Meninas.

Aquel hombre se apartó para dejar pasar la silla, y luego se encaminó con paso lento a las secretarías de Estado, que estaban en el piso bajo del alcázar.

IV.

Ana María tardó una hora larga en llegar desde el alcázar al otro lado del Retiro, a la huerta del Renegado.

La princesa era muy buena moza, pesaba mucho, y aunque los lacayos eran unos ganapanes forzudos se veían obligados a caminar despacio.

A los dos hombres que escoltaban la silla de manos, eran dos criados de la casa real, antiguos y bravos soldados de la guardia española, veteranos de Flandes y de Italia, y a prueba de cualquier em-

El uno iba delante; el otro detrás.

V.

Al llegar al portón de la huerta, se abrió éste y apareció el guardián de capachinos.

—¿Viene en esa silla la señora princesa de los Ursinos? dijo el guardián al hombre que iba delante.

—Sí señor, padre, contestó éste.

Entre tanto, el hombre que iba detrás se acercó, abrió la portezuela de la silla, saltó la princesa, adelantó hacia el guardián, y le reconoció a la luz de la luna.

—Buenas noches, padre José, dijo con acento dulce y lánguido: vengo muy mala, amigo mío, y bien puede agradecerse el que haya venido: entrad vosotros en la huerta, añadid dirigiéndose a los criados, y esperad: dadme vuestro brazo, padre guardián, en Caridad; estos árboles no murmurarán por ver a un fraile llevando del brazo a una dama: ¿y cómo os va, padre José?

—Muy bien; señora: hártelo contrariado porque no tenía el contento de veros, y en este momento muy triste por oírlo decir que estais enferma.

—Esto pasará, padre José: ¿qué queréis que me

—Padre guardián, dijo Bizarro, perdonadme; pero yo quisiera hablar a solas con mi señora.

—¡Ah! no, no tengo nada que perdonaros, Bizarro, dijo el guardián: es muy natural: cuando la señora princesa vaya a partir, llamadme y acudid.

Hasta luego, señora.
—¿Con Dios, padre guardián.
El guardián salió y dejó abierta la puerta para que se pudiese ver que no escuchaba, y bajó las escaleras que estaban al frente de la puerta.

VII.

Ana María se sentó a la cabecera del lecho, en un ancho sillón de paja.

Bizarro se recostó: apoyando un brazo en la almohada y en la mano la cabeza, y dijo mirando de hito en hito y de una manera profunda a Ana María:

—Más hermosa que cuando se fue; más terrible.
—Bizarro, dijo la princesa, con acento de dulce reconvención.

—¡Ah! sí: diez y siete años no han podido señalar su paso en vuestro semblante: diez y siete años no han podido apagar la luz de vuestros ojos: tenéis los años de una vieja; nadie creea que habéis cum-